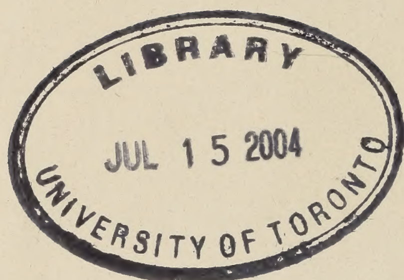

3 1761 06208921 4

ALMA DE IDILIO (POEMA)

Y

RIMAS SENTIMENTALES



TALLER GRÁFICO «EL ARTE», DE O. M. BERTANI
RECONQUISTA, 195

OBRAS DE PÉREZ Y CURIS



POESIA

La canción de las crisálidas.
El poema de la carne.
Heliotropos.
Alma de idilio.

PROSA

Rosa Ígnea (*Segunda edición*).

EN PUBLICACIÓN

« *Apolo* » (*Revista de arte y sociología - Año IV*).

EN PRENSA

Por jardines ajenos (*Páginas de arte*) *p ecedidas de* «*La neocrítica en el Uruguay*».
La ola (*Novela*).

EN PREPARACIÓN

Albas sangrientas (*Poesías de combate*).
En el huerto de los besos (*Poesías*).

EDICIONES DE LA REVISTA "APOLO"

PÉREZ Y CURIS



ALMA DE IDILIO
(POEMA)



RIMAS SENTIMENTALES



O. M. BERTANI - EDITOR

1909

DEDICATORIA



Al Poeta
Francisco Villaespesa

Fraternalmente,

Pérez y Curis.

ALMA DE IDILIO

(POEMA)

Para Ovidio Fernández Ríos.

PRELUDIO

Canta el Poeta:

Con un beso de amor la primavera
Las campiñas ubérrimas enflora,
Y hay poemas de luz encantadora
Y es un día de gala en la pradera.

Perla Progne sus trinos en la odora
Beatitud matinal, y en la ribera
De la mar harmoniosa y plañidera
Se oye el himno de Céfiro y de Flora.

Sobre el flanco feraz de los alcores
Esmaltados de aljófares y flores
La pupila del sol mira su imperio,

Y en la vaga penumbra de la fronda,
Como el son de una cítara, la hönda
Melodía del mar es un misterio.

Anfora inagotable, la mañana,
La infinitud del éter fragancía,
Y en la floresta hay una algarabía
De púrpuras tremantes. Es la grana

De las rosas joviales. Una anciana —
Coge flores — enhiesta todavía
Y el sol un copo de su luz le envía
Que va á besar su cabellera cana.

En la serena limpidez del cielo
Hay arrebolamientos de eglantinas;
En el ambiente un trémolo sonoro,

Y en el ribazo azul del arroyuelo
Que baña la floresta, las divinas
Aromas fingen lentejuelas de oro.

Tierna como un corimbo de oxiacanto
Surge una maga excelsa, y mis videntes
Ojos ven la beldad de las ardientes
Virgencitas de Ausonia. En el encanto

Lírico de sus labios juega un canto
De voluptuosidades elocuentes,
Y sus ojos de seda somnolentes
Hablan de un alma que conoce el llanto.

Voy hacia ëlla sonriente y quedo
Entre el murmurio de la fronda espesa,
Bajo una arcada de hojas que suspira,

Y el frufrú de su veste en un remedo
De hojas que caen se adivina y cesa
Mientras la maga los espacios mira.

Absorto en la belleza luminosa
De aquesa maga, sus encantos miro,
Y en mis labios ahógase un suspiro
Flébil, como de tórtola añorosa.

Quiero hablarla y no puedo. Una grandiosa
Emoción me domina. Yo la admiro,
Y ella, sabiendo que á su gracia aspiro,
¿Quién eres? clama con la voz melosa.

Una orquesta de pájaros exhuma
Plegarias de otra edad por el exilio
Perenne de la sombra y de la bruma,

Y antes que dicha sus canciones labren
En mi espíritu, iníciase el idilio
De nuestros corazones que se abren.

EL POETA

Que quién soy? — Una sombra virgiliana
Que viene á visitar la primavera;
Mas ya que surges á mi lado, espera;
Dirá tu elogio mi canción galana.

Si hay en tu corazón la feble, arcana
Virginidad del lirio ó de la cera,
Toda tu juventud: ¿no es una ëra
Virgen aún de la simiente humana?

Yo seré el sembrador; tú, la cercana
Visión que adore mi febril quimera,
¡Oh, imagen de la Gloria soberana!

Yo soy el soñador que presintiera
Tu grata aparición, una mañana
Iniciativa de otra primavera.

LA MAGA

¡Oh, mi poeta, el alma de Anacreonte tienes
Y aun sabe de Virgilio tu eglógico cantar!
Las aves de esta Arcadia te dan sus parabienes
Cuando florece apenas la luz crepuscular.

Tú lanzas al olvido los humanos desdenes
Así como el albatros la cólera del mar.
Acércate, poeta. Di qué lucha sostienes.
¿No sabes que mi espíritu no es frágil ni vulgar?

Ven á mi lado; allégate más aún. Yo no quiero
Sumergir en las sombras á tu numen austero
Que predica doquiera la doctrina del Bien.

Sólo ansío que bajo tu advocación se abra
Mi boca, pronunciando la divina palabra
Del amor que es la Gloria y el Abismo también.

EL POETA

No penetremos hora en las regiones
De la Filosofía enmarañada;
Bajo el imperio del Amor no hay nada
Que no espiritualice las pasiones.

Mi vida es un poema de oblaciones
A la suprema Libertad violada
Por el César; mi frase es una espada
Hecha para dolor de los histriones.

Pero, dejemos esas digresiones
Filosóficas... Mira la enflorada
Campiña exuberante de botones

Mientras en ti yo pierdo la mirada...
¿Quieres sentir las hondas emociones
Del amor, sobre mi hombro reclinada?

LA MAGA

¡Oh, poeta! ¡Oh, mi amado! ya que olvidas ahora
El salmo de la lucha que templa y fortalece,
Y en madrigalizados rondós palpita y crece
La harmonía de tu alma como un ave que llora;

Yo, que aborrezco al vulgo que tu tristeza ignora
Porque á ningún suspiro del Arte se estremece,
Sollozaré contigo. La vida que amanece
En mí será el oasis que tu existencia implora.

Poblaré de celajes tu soledad sombría,
Y en la maceta inerte de tu melancolía
Florecerá gloriosa con sus luces internas

Y ungida de alborozo la flor de mi ternura
Para colmar el cáliz de tu vida futura
Con el rico perfume de las glorias eternas.

EL POETA

¡Ave, maga sensible! Tu risueño
Miraje canta mi pasado. Mío
Fué el júbilo del ave en el estío,
Y la Esperanza me llamó su dueño.

Luego la Juventud me dió el beleño
De emocionales éxtasis, y el frío
De prematuro invierno halló vacío
Mi corazón de pájaro zahareño.

Por eso no amo la quietud del sueño
Sentimental, ni el majestuoso brío
De la balada de oro del ensueño.

¿Por qué tan joven me agobió el hastío?
¡No importa! Hoy llevo tu gentil diseño
En la imaginación, y amo y sonrío.

LA MAGA

Y si el canto del tedio, monorrimo y doliente,
Que arrulla tus visiones heráldicas y agita
Tu espíritu noctámbulo, desdeña la infinita
Misericordia de una virtud para tu frente,

No impreques á la esfinge del destino; medita
Sobre el largo viacrucis del Apóstol de Oriente.
Con el suave poema que la infancia presiente
Canta de tu infortunio la liturgia bendita.

Que en tu alma el pesimismo dejó algo del desierto
Y el dolor el resabio que hoy tus carnes macera,
Yo lo sé. . Sin embargo tu alegría no ha muerto,

Duerme aún al abrigo de la Ilusión y espera...
¡Cómo esperan las flores que una mano cualquiera
Las riegue cuando el oro del sol abrasa el huerto!

EL POETA

Yo espero de tu amor y de tu gracia,
¡Oh, virgen fuerte! la exquisita ofrenda,
Para unir á la mía la estupenda
Canción impúber de tu ideal de acracia.

Jamás en mí despertará la audacia
Del amor de la mítica leyenda...
¿Qué importa que Eros mi dolor sorprenda
Bajo el sol de la muerte ó la desgracia?

Alma: tú que apareces en mi senda,
Lejos de la fastuosa aristocracia
Que tiene un Eldorado de prebenda,

Y vienes ebria de entusiasmos hacia
Mi corazón que implora una vivienda,
Sé Alma de idilio, de pasión y acracia.

LA MAGA

(Conmovida por las últimas palabras ciñe con sus brazos el cuello del Poeta. Este sorbe el perfume que ella le ofrece en su boca mientras con voz trémula canta:)

Amado, bésame así...
Tu boca, filtro de un mago,
Me concede, como halago,
Los besos que presentí.

Alma de idilio, sí, sí...
Soy eso. De amor me embriago.
No siendo Amor un endriago
¿Puedo amedrentarme aquí?

Amo tu orgullo y el gesto
De tu soberbia que ha puesto
Su blasón dentro de mí.

Desdeño el rito social
Porque en él oficia el Mal;
Soy libre, bésame así...

EL POETA

Sabia heroína del amor: ¿qué ansías
De mí? ¿Un himno á tus glorias ó un sonoro,
Vehemente madrigal para el tesoro
De tus inenarrables gallardías?

Amémonos.—Las gayas lejanías
De aquel paisaje se coronan de oro,
Y el trino de los pájaros que adoro
Presagia el fin de las angustias mías.

Tu cuerpo ideal cuyo misterio ignoro
Es como un surtidor de melodías,
Pausado y triste, que provoca el lloro

De los seres que cantan elegías.
Amémonos aquí, yo te lo imploro,
Tu amor anunciará mis alegrías.

LA MAGA

La fragancia matinal
Tiene afrodisias de rosa,
Y tu frase, voluptuosa
Virtud de alma musical.

Ven, mi vaso de cristal
Mieles de placer rebosa;
Sacia en él tu dolorosa
Sed de una caricia ideal.

Y que la blonda mañana,
Celebrando nuestro ardiente
Coloquio, acoja el hosanna

De la floresta elocuente.
Yo soy tu Samaritana:
Poeta, bebe en mi fuente.

LA ANCIANA

(Desde la cima de un montículo empurpurado de rosas advierte el idilio. Lleva desbordando flores el arrugado mandil y se detiene un instante para otear los gestos de los enamorados. Luego desciende lentamente herida por los rayos del sol que va llegando al cenit, y murmura en voz baja:)

¡Oh, gallardo mancebo! Ya en tu ventana
No dejarán sus trovas los ruiseñores,
Ni el rosal su perfume, ni sus fulgores
El sol caritativo de la mañana.

La senda que has hollado—quizá lo ignores—
Es como una Siberia fosca y arcana;
No verás en su curso ni una fontana,
Ni un pájaro, ni un árbol lleno de flores.

Llorarás si el Hastío te hace su siervo
Desechando tus ruegos y tu querella;
Y si no tienes alma, si eres protervo,

Caerás, cuando arrastrado por la codicia,
Abandones el alma de esa doncella
Y esa mano de armiño que te acaricia.

Y á ti, joven zagala, flor de inocencia
Cuyo ensueño presiden las ilusiones,
No te dirá la alondra ledas canciones;
Llorará en el desierto jardín tu ausencia.

Del amor — gota á gota — bebes la esencia,
Seducida por todas las tentaciones,
Pero ignoras que el cáliz en donde pones
El labio, hará que sufras de displicencia.

¡Tú no sabes, acaso, quien va contigo!...
No deploro tu suerte mas te bendigo,
Adorable zagala toda delicia.

¡Oh, que jamás ahito de tu pureza
Te olvide ese mancebo que hoy te acaricia,
Porque yo sé que vives de su tristeza!

EL POETA

(A la Maga, mientras la anciana se pierde en la lejanía, camino de sus lares:)

¿Has visto el gesto triste de aquella
Pálida anciana que nos miró?

LA MAGA

Pensará, acaso, que fué doncella
Débil é ignara como era yo;
Que fué su carne lozana y bella
Cual una rosa de Jericó;
Quizá conserve su faz la huella
De los encantos que poseyó.

EL POETA

La buena anciana se ha conmovido
De nuestras almas, porque se ha ido
Rápida y triste de esta pradera,
So lo mortífera llama solar.

LA MAGA

Se ha ido porque otro labio la espera
Allá, en la alegre paz de su hogar.

EL POETA

Maga de la Verdad ¡bendita seas!
Hay algo en ti de mi rosal florido;
Siempre que has perfumado mis ideas
El país del Ideal me ha sonreído.

¡Oh, tu límpida voz; si me deseas,
Tiene las inflexiones de un plañido,
Y después se deshace en melopeas
Como ün ruiseñor cerca del nido!

¡Salve á ti! ¡Ya eres mía! En la serena
Paz de mi huerto enterrarás mi pena,
Y alumbrarán tus ojos el vacío

De mis noches...
Yo soy un soñador
Enamorado de su propio hastío...

LA MAGA

Mas fuiste infiel y te abrasé en mi amor.

EL POETA

Ven conmigo á mi aldea,
Lejos, lejos de aquí.

LA MAGA

Vamos. *(Ya es mío.*
¡Oh, su infidelidad, bendita sea!).

(Y ambos, cogidos del brazo, alejánse de la floresta.
Van hacia la vida afrontando el futuro.

RIMAS SENTIMENTALES

CICLO DOLOROSO

Para Moreno Alba.

¡CÓMO OTOÑAN LAS ALMAS!

—

¡Oh, — me dijo la enferma —
Cómo caen las hojas!...
Y miré en sus pupilas dolientes
Reflejado el palor de las otras
Apacibles pupilas que fueron
Mi esperanza, surcando la sombra.

Quedé en éxtasis. Luego en la acera
Sollozaron mis graves congojas;

Evocaban los ojos aquellos
El ocaso de todas las glorias;
Esotéricas arias decía
En el éter, el alma del Bóreas,
Y en el místico y raro jardín de mis sueños
Se atería la faz de las rosas.

¡Oh, que es triste mirar el tramonto!
¡Es así que las almas otoñan!

... Y cogiendo las fláccidas manos
A la enferma, la hablé como otrora:
¡Oh, qué trémula vienes,
Flor de un alba remota,
Que los astros halagan
Y los vientos deshojan!
¡Cómo el frío de otoño lacera tu espíritu!
Y tu gesto: ¡qué amargo es ahora!

Contemplábamos ambos la muerte
Lenta y cruel de Natura en las frondas,
Y otra vez, divagando, me dijo la enferma:
¡Cómo caen las hojas!...



El cielo azul-violeta
Fingía inmensa öla
De un mar sereno; idilios de gorriones
Había en la penumbra misteriosa
De los plátanos; alma de las fuentes,
El cristal, sollozaba sus salmodias,
Y la pálida niebla de la tarde
Era el orfelinato de las cosas.

Cruzamos la avenida. Algunas nubes
Glisaban en el cielo, y en la sombra
Del paisaje la tarde musitaba:
¡Cómo otoñan las almas cuando caen las hojas!...

MIS ENSUEÑOS

Para Amado Nervo.

Mi huerto es una penumbra eterna
Donde florecen, lentas y frías —
Cual en el borde de una cisterna,
Pátina y musgo — mis nostalgías.

Muere la tarde callada y tierna;
Y en tanto me hablan sus lejanías,
Miro en mi huerto: penumbra eterna,
Cómo se esfuman las ansias mías.

Sueños, ideales, dicha remota:
Vuestro impalpable perfume flota
Todas las tardes en torno mío..

Pero en invierno se hacen las noches
Foscas y amargas como reproches,
Y mis ensueños mueren de frío!

EL CLAVEL

—

I

En un vaso de Alhambra, transparente,
Cabe una fresca margarita odora,
Abrió el albo clavel... Era la hora
De mi eximia neurosis de vidente.

Tembló sobre mi sien convaleciente
Mi fatigada mano, y la dolora
Leve y gris de mi psiquis soñadora
Harmonizó mi ensueño, tristemente.

Y pensé en ti, paloma de holocausto,
Las ojeras hondísimas; exhausto
El corazón, y el alma taciturna;

Y madrigalicé tu genio arpado,
Magüer que, para mí, yace encerrado
Tu corazón divino en una ùrna.

II

Llorando á solas levanté la testa;
Miré el clavel tremante todavía;
Me acerqué, y sobre su corola fría
Puse los labios con cariño. — Es ésta

Su ofrenda — dije — y la corola enhiesta
Como tu núbil seno, amada mía,
Me brindó toda, toda la ambrosía
De una mujer desnuda en la floresta.

Y abrí la puerta de mi alcoba; el viento
Acarició, como mi boca, el fausto
Del ungido clavel; lancé un lamento,

Y creí que una dama taciturna:
Ananké, me ofrecía en holocausto
Tu corazón abierto en una ürna.

ECOS SENTIMENTALES

—

Cuando en la calma nocturna, el eco
De la hojarasca se deslizó,
Místico y vago como el motivo
De mi perenne desolación,
Hubo en el ritmo de mis congojas
Algo hondo y flébil... era tu voz:
Gama sonora que se estremece
Y harapos hace mi corazón.

Y fué al conjuro de tus palabras
Que florecieron, á mi pesar,

En mi cerebro las cuitas todas
De mi pasado de tempestad.
¿Volvió aquel tiempo que me querías
Y silenciabas tu inquieto afán?
Yo no sé. Acaso tu voz de alondra
Tornó mi numen sentimental.

...Ciñó mi brazo tu cuello en donde
Tu cabellera forma un cairel:
Miré tus ojos císneos y castos...
¡Ningún reproche, ningún desdén!
Miré tus labios que fueron míos
En los albores del tiempo aquel,
Y la plegaria de mis tristezas
A tus arcanos entonces fué.

Busqué, tremante, tu boca; y ella,
Cual otras veces vino hacia mí;
Me interrogaste: ¿me quieres mucho?

Sondé en tu älma ¡Ningún desliz!
Hallé en tu boca la pura esencia
De los claveles de tu jardín,
Y sufrí como si hubieras dicho:
¡Yo ya no tengo piedad de ti!

Cayó en tu mano mi mano trémula,
Abandonada, como al azar;
Miré tu rostro florido en gestos...
¡Ningún resabio de flor del mal!
Y fuí al Nirvana de tus caricias,
Inanimado, sin frases ya,
Bajo la sombra que proyectaban
Los eucaliptos de aquel lugar.

Fué como un sueño. Volví los ojos
Al cielo siempre diáfano, azul;
El horizonte sereno estaba;
Suave, la noche, como eres tú.
Miré las aguas yertas de un lago,

Que parecían un verde tul;
Todo era en ellas, cual en mi espíritu,
Sombra y silencio. ¡Ninguna luz!

Luego un lejano claro de luna,
Discreto asilo
De nuestros besos ardientes fué.
Miraste el bajo sitial de pino
Que abandonamos; volviste á él
El alma en lloros, amada mía,
Y hubo en tus labios de rosicler
Un insondable rictus humano,
Humano y triste como un ciprés.

Y en tus ojuelos que yo miraba...
¡Ningún reproche, ningún desdén!

Después tornamos á la avenida
En cuya vera se deshojó

De mi alba y frágil adolescencia
Rica de ensueños la última flor.
Como un relámpago cruzaba el éter;
E iba una égloga llegando á nos,
Debilitada por el isócrono
Eco sin alma de un surtidor.

ELEGÍA BREVE

—

I

Jamás romperé el encanto
De tus pasiones tardías:
Yo sé de las elegías
Desde que tus gracias canto;

Desde que abrió tu quebranto
Las ocultas llagas mías,
Y llorando me decías:
¿Por qué te haces querer tanto?

¡ Oh, mi amada! Tu tristeza,
Como un retoño gallardo,
A desenvolverse empieza;

Si en ti mi pasión subsiste
Te quiero así, tierna y triste,
Taciturna como un bardo.

II

Ya sabes: yo soy un paria
Y á ti fatigado vengo;
Es el dolor mi abolengo
Y tú eres mi luminaria.

Dulce alondra solitaria,
Cuando trisas me detengo;
Yo he sufrido mucho y tengo
Mi lauro en una plegaria.

¿ Quíeres compartir conmigo
Tu desnudez y tu abrigo,
Verdad ? Yo quiero que juntes

Al mío tu amargo llanto,
Pero nunca me preguntes :
¿ Por qué te haces querer tanto ?

PASIONAL

—

Para Flor del Lacio.

Yo no te quiero desdeñosa y fría
Como la muerte, destruyendo amores;
Quiero que en ti perdure la ardentía
De un rosal de oro reventando en flores.
¡Quiero que llores!

Yo no te quiero mortalmente triste
Como las noches del invierno, lentas;
Te quiero alegre y sensitiva. ¡Fuiste

Sensitiva y alegre y te lamentas!
¡Quiero que sientas!

Yo no te quiero dolorosa y mustia
Cuando á tu seno, tímida, me llames;
Quiero que olvides tu febril angustia,
Que con tu amor mi corazón inflames.
¡Quiero que ämes!

No! Yo no quiero que en tu casta boca
Beba otro labio su perfume, y ría;
Mía es tu gracia en carne que provoca
Amor de cóndor y pasión de arpía.
¡Te quiero: *mía*!

Quiero que te conmueva la emotiva
Desolación de mi alma que maceras;
Y, cuando caiga mi tristeza altiva,
(Es mi tristeza la oblación que esperas)
¡Quiero que mueras!

TEDIO

Todo es tetro en el alba de las noches vernales
Porque yo me he tornado displicente y sombrío.
No perfuman mi alcoba los opimos rosales,
Y las brisas hesperias ya me causan hastío.

El azur transparente del remanso de un río
Que desliza, apacible, sus copiosos raudales,
Y el miosotis del éter en las tardes de estío
A mi psiquis enferma dan nostalgias iguales.

Resquemores de viejas pesadumbres y el frío
De un invierno de dudas, atiriendo mi gozo,
Anegaron en nublos el espíritu mío;

Y ahora estoy en mi alcoba despidiendo un sollozo,
Cual un monje en su celda, displicente y sombrío,
Y soy reo de amores dentro de un calabozo.

MOTIVO ÍNTIMO

—

AMADA

Eucarística flor de mi huerto:
Sollocemos. ¿No ves cómo vuelven
Ateridas las noches de invierno?

Recoge en el diáfano cristal de tu espíritu,
Vaporosos perfumes etéreos
Y el suspiro que exhala en la noche la flor que se muere.

¡Oh, sonríe y solloza conmigo! Venzamos al Tedio.
Abandona, abandona, Alma mía,
El silente joyel de tu tiesto.

Ven conmigo. ¿No ves cómo cae
Lenta, en haces copiosos, del cielo
Sombrío la nieve,

Y cubre los parques inertes de inmensos
Y puros aljófares
Que simulan harapos de lirios y nardos enfermos?

Ven, y besa mis lívidos labios,
¡Y mi testa repose en tu seno
Su rebelde cuadriga de ideas!

HERMANA

¡No, no beses mis labios! En ellos
Del dolor el absintio circula;
Besa sólo mis sienes de fuego.

¡Qué iluminen mi espíritu, Hermana,
Tus ojos, cual gemas, radiantes y tiernos;
Esos ojos que otrora prendían su dardo en mis venas!

Eucarística flor de mi huerto,
No eres más. Y, ¿quién eres? — Mi hermana;
¡No eres más el imán de mis besos!

Sus himnos de niebla
Preludia el invierno;
Palidecen las albas ¡Qué importa,
Si mi amor esotérico ha muerto!

EL PESIMISMO

—

Para Moreno Alba.

Surcando el proceloso mar de la vida
Va mi bajel errátil bajo la bruma,
Y el palor de la tarde gris, que se esfuma
A lo lejos, evoca mi fe perdida.

El pesimismo eterno jamás me olvida
Y es una flor amarga como la espuma;
El infortunio es acre virtud que abruma
Mi corazón sangriento cual una herida.

Y el huracán que, airado, ruge y golpea
Los mástiles endebles, se me figura
Un mórfex sanguinario que mata y crea

Como la boca enorme de todo abismo,
Que absorbiéndonos crea gracia y ventura
Mientras ahoga al monstruo del pesimismo.

DESOLACIÓN

I

En esta noche que avanza
Como espectro de venganza,
Ceñuda y torva hacia mí,
Yo me vuelvo anacoreta,
Yo me imagino un poeta
Muerto en el alba por ti.

Mis manos rebosan lirios;
Las estrellas son los cirios,
La floresta mi ataúd,
Y en el silencio que vela

Mi cadáver, gime y vuela
Un eco: mi juventud.

Bellas vírgenes piadosas
Cubren de encendidas rosas
Mis triunfos muertos en flor,
Y una cítara oportuna
Dice en un claro de luna
Mis atributos de amor.

Hablan los dolientes, quedo,
Y un misterioso remedo
De nenia su elogio es;
Vibran voces conmovidas,
Y hay gestos de almas heridas
Que orasen bajo un ciprés.

En doloroso concilio
Dos damas votan mi exilio

A la necrópolis. Son
Ellas castas juglaresas:
Una cantó mis promesas,
La ötra mi adoración.

Y dicen: ¡Se fué el Poeta!
La formidable saeta
        De Ananké
Dió en su espíritu de bronce,
Cáliz de acíbar entonce,
Y decapitó su fe.

Entre las frondas el viento
Rima el alma de un lamento,
Nuncio de desolación;
Y un frondoso sauce inerte,
Fiel trovero de la Muerte,
Canta su genuflexión.

II

La noche ya en agonía
Va recogiendo la fría
Toga ingente de Arimán:
Y mientras el alba un velo
De luz coloca en el cielo
Junto á nubes que se van,

Con impalpable sudario,
De la Muerte un feudatario
Viene á amortajar mi sien,
Y entre cendales de malva
Llora el lucero del alba
Que es un doliente también.

Doliente vago y discreto
Que percibía en secreto
Mis confidencias de amor,
¡Pobre lucero! ¿Qué labios
Le dirán de mis resabios
El infinito clamor?

¿Quién alzará al panorama
Del horizonte la gama
De mi emociones? ¿Quién?
¡Acaso tú, porque oíste
Mi suspiro eterno y triste
Quebrado por el desdén!

¡Ah! Llorarás entonces tus agravios
Y besarán tus labios
mi amortajada sien!

ALMA ENFERMA

—

I

Si fué un rimero de emociones yertas
Mi corazón, y adoro todavía
La virtud de tus ojos y la fría
Revelación de tus palabras muertas,

Ámame y lucha. Las ignotas puertas
Del triunfo que soñó mi fantasía,
Cuando tus confidencias, algún día,
Para nosotros estarán abiertas.

Y allá lejos, perdiéndose en la tarde
De un paisaje olvidado: mi añoranza;
Y más lejos aún, en la cobarde,

Lívida aurora del amor, mis penas:
Quedarán presintiendo la venganza
De nuestro amor convaleciente apenas.

II

Si fuí el espectro que surgió temprano
En tus diáfanas noches sosegadas,
Y te produjo insomnios y agitadas
Témporas de poniente hiperboreano,

Ódiame entonces; y seré el galano
Trovador de tus iras elevadas;
Que si hay odios en flor en tus miradas,
Himnos hay en mi espíritu elegiano.

Y callará mi corazón transido,
Cual un pájaro en pena adormecido
Dentro el nidal de su nativa huerta;

Mas si volviese á ti con sus periódos
De luz, yo hundiera mis ideales todos
Por encontrarte conmovida ó muerta.

OLVIDO

—

Para Francisco Villaespesa.

En el balcón las macetas
Están tristes todavía:
Florecerán las violetas
Cuando las rieguen inquietas
Manos de una virgen pía.

La glicina que se prende
A las barandillas rojas,

Gime, y á agostarse tiende;
Y de sus ramas hoy pende
Un haz de anémicas hojas.

¡Cómo han quedado olvidadas
La glicina y las macetas
Tras las persianas cerradas!
¡Parece que están ligadas
Al alma de los poetas!

TÚ NO PUEDES AMARME..

—

Tú no puedes amarme, y en vano
Me sonríes. Quizá tu sonrisa
Sea el símbolo de una limosna . . .
No, no puedes amarme y ser mía.

Tu silencio es saeta que hiere
Mi fe, cuando mi mente delira
Al contacto sensual de tu boca,
Y en tus venas la sangre crepita.

Exaspera mi numen; abruma
Mis ensueños; macera mis fibras
Y, cual vórtice raudo, devora
Las tristezas en flor de mi vida,
Que el poeta que loa tus gracias
Aun en sueños te dice: Alma mía.

Finge amarme; envenena la savia
De mi espíritu joven; mutila
Mis nostálgicas carnes inertes
Y deshoja la flor de mis rimas,
Que el poeta que encarno comulga
Con tu armónico ideal todavía.

Que eres frágil? Arroja al abismo
El recuerdo de mi alma proscrita
Del país del amor donde cantan
Filomela y Erato divinas.
Que eres fuerte? Desoye mis ruegos,
O desdeña mi amor si eres fría.

¡Ya se amustia mi sien que no besan
Labios púberes: fuentes de vida!

Cuando deje mi lírico numen
De cantar tu pasión homicida,
Volveré, taciturno, á tu seno,
Ruiseñor exilado de Umbría.

Que eres frágil? Arroja al abismo
Mi recuerdo; deshoja mis rimas,
Que si vuelvo á beber en tus labios,
Te diré con fruición y delicia:
Mientras loe tu beso el poeta
Tú no puedes amarme y ser mía.

INVOCACIÓN

En mi alcoba de joven cenobita,
Donde un perfume de nostalgias, flota
Vaporoso y sutil, ya no se agota
El misticismo de esa flor bendita

Que encarna en ti.—Ven á mi humilde ermita,
Cual á olvidado risco una gaviota,
Con un alado ritmo de gavota
Y una tristeza de vestal proscrita.

Y olvidaremos todo: la amargura
Del pasado y el eco doloroso
De su voluble voz que nos tortura.

Ven á mi soledad de aromas llena,
Y que tus labios unjan el mohoso
E inagotable cáliz de mi pena.

LAS HOJAS

—

Para Juan Picón Olaondo.

Hay en el parque un vuelo de hojas amarillentas . . .
El otoño declina; sus salmodias son lentas
Como el epitalamio de las noches boreales;
Dolorosas quejumbres pueblan las matinales
Horas tristes de enfermas elegías, y el velo
De las brumas que bajan en girones del cielo
Cubre el follaje todo que languidece y cae.

El vaho de la costa cercana llega y trae
El suspiro acre y hondo de la mar y el lamento

De la öla que impele, cual vorágine, el viento,
Y arribando á la playa se deshace y convierte
En sudario del cuerpo de las rocas, inerte.

Allá abajo, en el valle recamado de flores
En primavera, hay frondas de seniles colores,
Y en la orilla del lago guarnecido de sauces
Yacen hojas y ramas que arrancaron las fauces
Del Bóreas, en el alba del otoño voluble,
Cuando flota en los aires esa niebla soluble
Que diluye en sus oros la luz del meridiano
Tal un genio que fuera con un hacha en la mano
Esparciendo en la noche luces de áurea bujía
Que horadasen la sombra y anunciasen el día.

¡Cómo vibra en el césped el dolor de las hojas!
Allí también su frágil voz habla de congojas,
De azules lejanías y de cosas que han muerto
Y al morir nos dejaron en la tierra un desierto.

¡Cómo gimen las ramas ya desnudas! Un nido
Hubo en cada una de ellas, y hoy, el viento aterido
Las agita y destroza. ¡Cómo el alma se inclina
Contemplando el paisaje que era el alma divina
De las regias mañanas primaverales, y era
Un pendón de Natura gloriando á Primavera!

¡Oh, Natura está triste cual una
Virgencita enlutada que espera!...

Ya no dicen sus trinos las alondras; alguna
Ha quedado en el parque solitario, y aduna
A su congoja el llanto de la naturaleza
Que es un vago poema de nostalgia y tristeza.

Los paisajes que fueron fingen hoy paradojas,
¡Y hasta en ellos musita la pasión de las hojas!

VOTIVAS

—

A Luis Pérez, fraternalmente.

EXVOTO

—

SONETOS ACOPLADOS

—

Aquel día el humano
Gesto de Mona Lisa
Irradió en tu sonrisa
Y en tu rostro elegiano.

Hoy, que un hondo y arcano
Dolor deja imprecisa
Huella en tu frente, y glisa,
Cual un soplo malsano,

Sobre tu alma que es una
Mórbida sensitiva:
¿Qué triste perspectiva
Tus sueños importuna?

Alma enferma: ninguna
Luz de amor es furtiva;
Eros el ansia aviva,
Y holocaustos aduna.

Ama y sufre; la gloria
Del amor no se alcanza:
Es, acaso, ilusoria.

¡Qué en la celda sombría
Del Tedio tu esperanza
No visite á la mía!

Musa de otoño: aun eres
Bella como una blonda
Zagala de Citeres.

¡Sueñas! No te desvíes...
Tú eres como Gioconda:
Sueñas cuando sonríes.

PONIENTE HIBERNAL

—

Para Orestes Baroffio.

¡Qué poniente tristísimo tú sueñas
En el misterio de olvidada riva!
Ve mi numen en él la perspectiva
Unicolor de las abruptas peñas.

¡Ni una barca en el piélago diseñas,
Ni un alción en la costa! Tu emotiva
Quimera taciturna traza, altiva,
Los paisajes de invierno que domeñas.

Sobre el mar indolente se deslizan
Opalinos reflejos que agonizan
Como estelas de frágiles piraguas;

Y el poniente, cual una margarita,
Empurpura la mar y deposita
Un ósculo postrer sobre sus aguas.

BALADA DE AMOR

—

Yo vi un rayo de tristeza dormido sobre tu frente
Y una rosa, rosa exangüe, cristalizada en tus manos,
Y pasaron por la tarde de mi espíritu hiperbóreo,
Como pájaros siniestros, las nebulosas del caos.

¡Cómo en mi rostro doliente surge un dejo de añoranza
Conmovedor como el llanto,
Cuando pasas, taciturna, por las regias avenidas
Y derramas en el éter un perfume de otros años,
Cual un turíbulo ignoto que difundiese en el alba
La esencia maravillosa de una noche de Bizancio!

Entonces nieva en mis sienes, y mi espíritu comulga
Con las nieblas y el misterio de un paisaje escandinavo

Y desfilan por mi mente,
Sosegados, —
En fúnebre comitiva,—mis antiguos infortunios,
Y el recuerdo de tus glorias, y la gloria de tus labios.

Y el búcaro de tus gracias, y tu gesto exuberante:
Matizada mariposa de los trópicos lejanos,
Resucitan mis quimeras
Que son himnos y son salmos
Desprendidos en el alba soñadora de mi vida
Y al arrullo laudatorio de tu beso enamorado.

Y desfilan lentamente
Mis tristezas — encumbrados

Ciparisos tenebrosos — ante la flor pensativa
De tus ampos,
Que, como tocas monjiles, hablan de mórbidos ritos
En la rósea eflorescencia de tus púberos encantos,
O cual pétalos de nieve fugitivos por el aire,
Fingen tórtolas dispersas y fragmentos de alabastro.

¡ Ave, virgen !
Yo he soñado...
Y he soñado como un cisne
Misterioso en el ocaso
Los deleites de otras tardes
En la riva de otros lagos.

Y yo que siento un espasmo que provocas todavía
Con la fiebre de tus carnes y la flama de tus labios
Mañana iré silencioso — bajo una aurora de brumas —
Hacia el país del olvido — meditando... meditando:
¡ Ya no más sobre tu seno mi corazón se estremece
Como un petrel aguerrido sobre la cofa de un barco

Destrozado por las olas!
¡Ya no más bajo los astros
De tus ojos madorosos desparraman sus arpegios
Las nocturnos ruiseñores de mi numen solitario!

NOSTALGIA

—

Las tardes eran místicas y tristes
Tal el alma de Heine, y tus nostalgias
Evocatorias de cantantes besos,
Paganos ritos y elocuencias vagas,
De tu adorable psiquis me decían
La beatitud reminiscente y casta.

No en el antiguo pórtico sagrado
Ni en la humilde glorieta de tu estancia

Florecían mis labios anatemas,
Sagitarias de nieve mis palabras;
Mi sonrisa era un himno á la amatoria
Serenidad de tus pupilas garzas,
Y el tropel de mis frases la epopeya
Del heroísmo que tu gesto irradia.

¡Oh, las tardes aquellas! Bajo un cielo
Conmovedor, poblado de esperanzas,
Nuestros ojos inmóviles reían
En un idilio de visiones pálidas;
Percibía mi espíritu añoroso
Tus rondeles de besos y de lágrimas,
Y el voluble horizonte de la vida:
Trasunto, entonces, de delicias magnas,
Espiritualizaba nuestros júbilos
Cual un misterio de violetas blancas.

Bellas tardes de ensueño: ya se han ido,
Pordioseras de luz, con la azorada

Canturía de mi estro doloroso
Y los trisagios de mi numen paria.
Y volverán cuando tus ojos lloren
Tal un nublo de invierno en mi Tebaida
Y nuestras almas emotivas sean
En crisoles de amor purificadas.

Volverán con el almo melodioso
De mi erótica voz, y mis palabras,
Aquellas que en divino ritornelo
Te decían de alegres serenatas,
Tornarán como el eco de un suspiro
Leve y fugaz á conmoverte el alma.

Después, oh, Filis, en tu lácteo seno
Pondré un manojo de exquisitas dalias,
Y mis labios exangües en tu boca
Encontrarán de nuevo una fragancia
Llena de unción que poblará el brumoso
Yermo sin luz de mi desesperanza.

Y yo, olvidado de la grave angustia
De un poema que fué de remembranzas,
Sobre tu frente posaré los labios,
Y en tu humilde glorieta solitaria
Cantarán nuevamente mis quimeras
Divinizando tu belleza idalia.

EN LA SOLEDAD

—

—¡Oh, extraño cenobita del Silencio! ¿qué piensas
En tu pobre boharda?
— Que mis fiebres intensas
Van poblando mi espíritu de visiones sombrías;
Que mi dolor pregona la muerte inevitable
De mis vagos ensueños, y que el sol miserable
Hoy no ha venido á verme, triste como otros días.
Pienso también que el torvo buitre del pesimismo
Viene á anidar en mi alma próxima al paroxismo,
Y ese otro buitre en forma de paloma sumisa

Que es el amor me arranca fibras del corazón
E impide que en mi labio florezca una sonrisa
Para velar mis odios y mi desolación.

Mi existencia es un árbol cuyas flores austeras
Exhalan el perfume de una amarga pasión;
Mil pétalos de sombras encubren mis quimeras
Conmovidas, á modo de intangible jubón.
Como no tengo hermanos ignoro el alma tierna
De las íntimas frases, la caricia fraterna
Y el elogio sincero que es el mejor laurel.
Mi juventud se agita como un ave que marcha
Hacia la luz, y, huyendo del fango y de la escarcha,
Ve en el camino un árbol y se guarece en él.

La Soledad acoge la exhalación de mi estro,
Así como una madre...
—Y tu canción, Maestro:
¿Adonde va?
—Hacia el alma de los seres que abrevan

Sólo en una fontana de amor y de verdad;
Mi canción no es humilde pero es noble y la llevan
Cuantos desheredados aduna la humildad.
Allí va esa ave humana que es mi canción.

— Yo mismo

Voy con ella, Maestro, á sondear ese abismo
Donde todos los parias impetran libertad.

Á LA AMADA DEL POETA

—

En un album.

El parque constelado de violetas
Finge un ánfora irreal de terciopelo;
Terciopelo es la miel que, como un velo
Suave, treme en tus labios que son grietas

De amor. Por eso adoro las glorietas
Florecidas de violas, y cincelo
Madrigales de nieve; el asfodelo
Níveo se cristaliza en las facetas

De tus mórbidas sienes. ¡Oh, mi amada!
¡Oh, mi novia ideal! ¡Qué bella ëres!
Y ¡qué eximios tus párpados violetas:

Atributo de flor enamorada!
¿Que eres flor? Yo soy pájaro. ¿Me quieres
Para un dúo de artistas y poetas?

PAISAJE

—

(Oleo de D. Bazzurro).

Hay sauces á la vera de aquel paisaje,
Y una morada humilde como una ermita:
Sobre la tierra de ocre finge el boscaje
Palios de boj y arcadas de malaquita.

El sendero serpea donde el follaje
Proyectando penumbras se precipita,
Y un parral, á manera de vasto encaje,
Al frente de humilde mansión se agita.

Son las cimas del cielo de azul oriente
Sutilizado y frágil y transparente;
Habla de las unciones primaverales

La ramazón que esfuma la lejanía,
Y en el ambiente pleno de oros astrales
Ríe y palpita el alma de Andalucía.

PASCUAS PRIMAVERALES

—

Primavera.—Los plátanos
Vuelven á retoñar, y su follaje
De un verde amarillento de cimófana
Se destaca en la calle
Como un haz de madroños agitados
Por la brisa; en el aire
Hay comunión de aromas; los recuerdos
En el alma renacen
Y hay sangre en las mejillas de las vírgenes,
Y hay plétora en la flora del paisaje.

Pueblan las avenidas
Frufrús de seda y gorgoritos frágiles
De femeninas voces; errabundos
Pajarillos se posan en los árboles;
Flores de madreselva sobre el césped
De los jardines caen,
Y están de fiesta todos los espíritus
Y todas las conciencias en el parque,
A la sombra dulcísima
Que dilatan los sauces.

¡Oh, el perfume divino
Que oculta entre los pliegues de sus chales
La virgen Primavera y se derrama
Sobre el negro florón de mis pesares!
¡Oh, la eterna alegría
Del pájaro en la selva! ¡Oh, el tremante
Corazón de las frondas donde quiebra
El sol sus rayos invadiendo el parque!

¡Salve á ti que presides la agonía
Fugaz del tedio, Primavera, salve!
Cuando á mi huerto vienes mi tristeza
Se convierte en la gloria de mis tardes.

. . . .

. . . .

Primavera, contigo
Reflorece el jardín de mis ideales.

DULCE ELEGÍA HIBERNAL

El sol muere de anemia
Y el primer nublo del invierno triste
Baja á mis soledades de bohemia.

Vaguedad de crepúsculo no existe;
Sollozos hay en el tramonto ahora,
Y el sendero se viste
De vïoletas. Llora
Un pájaro allá lejos,

En los confines del suburbio umbrío.
Y en la avenida de los sauces viejos
Vuelven los golfos á temblar de frío.

Desde la antigua banca
De mi jardín contemplo la agonía
Del sol enfermo. ¡Ni una nube blanca
Decora el cielo cuya sombra es mía.

Sombra, niebla hibernal: sois el aliento
Del soñador avaro de tristeza.
Ah... sí, mas en los cármenes el viento
A descuajar los árboles empieza,
Y la tarde aterida dice el largo
Miserere de la naturaleza
Pues la naturaleza está en letargo.

. . . .

Vuelven los golfos á temblar de frío
Bajo los sauces yertos,
Y vuela el pensamiento mío
Hacia los páramos desiertos.

El perfume de las violetas
Llega hasta mí desvanecido
Como un recuerdo de poetas
Que muriesen en el olvido.

Con un fino puñal marmóreo
La primavera hirióme un día...
La tristeza de este hiperbóreo
Ciclo es gemela de la mía.

¡Oh, las baladas invernales
De los bosques y de los ríos,
Que mueren en los arrabales
De los horizontes sombríos!

Ellas esparcen harmonías
En los senderos desolados
Mientras vierten melancolías
Las tardes grises en los prados.

. . . .

Yo amo esta tarde ideal en que no existe
Majestad porque el sol muere de anemia
Y el primer nublo del invierno triste
Baja á mis soledades de bohemia.

RETROSPECTIVA

—

I

Tú sabes que envolvieron mis resabios
En una önda de encendidos goces
Los besos que florecen en tus labios
Y el himno ideal de tus perladas voces.

Tú sabes hoy porqué tremó en tu mano,
Como en un lirio hermético, la mía
Siempre lánguida, y sabes porque, ufano,
Miré en tus ojos de madona un día.

¿Recuerdas? ¡Cómo palpitaba el domo
Que en tus cabellos el amor presume,
Al suave aliento de una brisa como
Primaveral cuyo era tu perfume!

Tal un patio andaluz tu luminosa
Mansión poblada de claveles era;
Claveles blancos: comunión gloriosa;
Claveles rojos: deslumbrante hoguera.

Bajo el antiguo capitel sembrado
De acantos, una pléyade de egregios
Pájaros de plumaje matizado,
Junto á nos desgranaba sus arpegios;

En tiesto de ocre, y coronando el muro
De tu ventana abierta,
Una gardenia impúber al conjuro
Del sol abría su corola incierta;

Raras evanescencias de celaje
Eran en el azur que parecía
Eco de luz de matinal paisaje
Miosotisado y pleno de harmonía,

Y un pomo de fragancias exquisitas
Se derramaba en el ambiente y era
El divino cauterio de mis cuitas
Evocado otra vez por mi quimera.

Era un día de gracias infinitas,
Y, como ahora, me dijiste: ¡espera!

II

¡Oh, mi enlutada de los ojos tiernos!
Era en tu corazón una hoja blanca,
Y lloraron sobre ella mis inviernos
Y mi dolor y mi exigencia franca.

¡Oh, mi enlutada de las frases llenas
De ternura y unción! Era en tu seno
Un columpio de castas azucenas,
Y me incliné sobre él, callado y bueno.

Tu tristeza y la mía eran hermanas;
Tu soberbio carácter era el mío;
Dulces tus confidencias y lejanas...
¡Así su arrullo mitigó mi hastío!

. . . .
. . . .

Y nos amamos en silencio en tanto
Yo meditaba, conmovido y grave:
Esta mujer es toda ella un canto;
¿Llegué á su virgen corazón? ¡Quién sabe!

III

¡Quién sabe!... No solloces
Que todavía envuelven mis resabios
En una önda de encendidos goces
Los besos que florecen en tus labios
Y el himno ideal de tus perladas voces.

RETRATO MIGNON

—

Te soñé madona
Del Corregio, y tienes
Atributos lenes
De Flora y Pomona.

Sombrías arcadas,
Ciñen á tus sienes
Tus crenchas rizadas

Y undulan por cima
De tus delicados
Hombros. ¡Cómo anima

Tus senos velados
La blancura opima
De tu cuello enhiesto!

Evoca tu gesto
Viviente poema
Sobre un mármol puesto.

¡Salve, Flor del Lacio
Unica y suprema!
Tu espíritu es gema
De un verso de Horacio.

EXTASIS

—

El enflorado patio simula una glorieta
Suntuosa; sus fragancias invaden el zaguán
Y tremen las begonias su púrpura coqueta
Cabe los heliotropos que floreciendo están.

Parejas de canarios musitan su indiscreta
Pasión bajo las luces que vienen y se van.
Y hablo á mi Bien-Amada que permanece inquieta:
Tu labio es una rosa febril de Gulistán.

Silencian nuestras almas la erótica y divina
Reminiscencia de otro querer; el sol declina
Fastuoso como un mago de Ispahán ó de Estambul,

Y extática, la virgen, acrece mis delirios
Mirando cómo mueren en un jarrón tres lirios
Que se alzan en corimbo como una hortensia azul.

VISIÓN DE INVIERNO

—

Bajo el sol del invierno, por la acera
Solitaria, tú vienes
Asaz doliente como quien espera
Haz de zarzas en flor para sus sienes.

Hoy no dicen tus ojos esperanzas
Y al olvido me exilas;
Ignoro tus afanes cuando avanzas
Y tiemblo ante la luz de tus pupilas.

¿Quieres hablarme, acaso? Yo imagino
Tu voz sonora y suave;
Harmoniza el silencio del camino,
Ese silencio conmovido y grave

Donde oficia en las tardes ateridas
El cierzo, y cual paveses,
Contornean sus ramas erigidas
Entre blondas de bruma los cipreses.

Mira en mi corazón el paraíso
De amor que te discierno;
¡Ah! no puedes entrar...
¿Que soy conciso?
Aun en tiempo impreciso,
No va la golondrina hacia el invierno.

BALADA DEL PAISAJE SOMBRÍO

—

Atrás quedaba el paisaje
Todo inundado de sombra...

El tren seguía avanzando
Por la senda silenciosa,
Bajo una gasa de niebla
Ligera como una cofia.
Súbito — atronando el valle
Con sus rugidos el Bóreas —

El agua del encrespado
Mar cubrió todas las rocas
Erguidas allá entre el musgo
Malaquita de la costa;
Cruzaron el horizonte
Las intrépidas gaviotas;
Las nubes y las tinieblas
Fingieron simas caóticas
Y la lluvia en la avenida
Cayó sobre un lecho de hojas.

Atrás quedaba el paisaje
Todo inundado de sombra...

A través de los cristales
Mirábamos las remotas,
Adiáfanas lejanías
De la tarde. Melancólicas

Visiones de otros inviernos
En otra vía hiperbórea
Se erguían en nuestro espíritu,
Frías, endebles y torvas,
Rememorando la génesis
De nuestras angustias todas.

¿No viste cómo los sauces
En la ribera tortuosa
Desmayaban tristemente
Bajo la lluvia sonora,
Mientras modulaba el río
La elegía de las hojas
Y en los árboles desnudos
Se adivinaba la poda?

¡Tú ignoras de aquella tarde
La sugestión voluptuosa!

Aquella tarde sombría
Como faz de Dolorosa
Mi labio inerte se hubiera
Estremecido en tu boca,
Ante la desolación
De las glorietas que lloran
Cuando en su seno, ateridas,
Se refugian las palomas.

Yo adoro en las tardes grises
La comunión de tu boca.

. . . .
. . . .

Cesó como á algún conjuro
La tempestad, y en la onda

Del iris, tembló un reflejo
Sutilísimo de aurora.
Volvió el tren. Luego, la tarde
Dijo su postrer salmodia,
Y atrás quedóse el paisaje
Todo inundado de sombra...

LIENZO

—

Tal fué el miraje del ensueño mío
Cuando anegaste el páramo
De mi tarde otoñal con el perfume
Intimo de tu seno y de tus labios:

Un paisaje
Apacible en que el bardo
Te recitara madrigales vírgenes
En la riva de un lago,
Cuando viera la vésper acercarse
Quedas y temblorosas nuestras manos.

Mi compañera de bohemia:
¿Has visto esos paisajes diáfanos
De las albas primaverales
Y los crepúsculos de raso?

He aquí un reflejo de ellos. ¡Qué divina
Quietud la de aquel árbol
Que asoma apenas su follaje umbrío
Por cima del montículo lejano!

¡Oh, cómo evoca la cabaña aquella
Que duerme en el regazo
Del valle solitario las ermitas
Del medioevo hispano!

Verdeguea el otero;
Está dormido el lago,

Y la lumbre del alba es en el valle
Ligera lluvia de vitriolo blanco
Que al caer quema el haz de las sombras
Y argenta el sombrío follaje del árbol.

ENVÍO

He aquí nuestro paisaje.
Un paraíso en él has conquistado...
El fué el miraje del ensueño mío
Cuando anegaste el páramo
De mi tarde otoñal con el perfume
Intimo de tu seno y de tus labios.

MOTIVO DE LAS ROSAS BLANCAS

—

Para Julio Raúl Mendilaharsu.

Peana de césped anegada en rosas,
Que holló la musa de la primavera :
El parque es un gran búcaro de cera
O una nube de blancas mariposas.

La lumbre matinal que las airosas
Frondas tamizan se dilata afuera,
Más allá de los sauces, y la austera
Fontana da sus monorrimas glosas.

¡Oh, rosas blancas que anegáis el fresco
Parque en blancuras, como un arabesco
Vuestra corola ondea en la mañana!

Y Primavera escancia vuestro aroma
Como una Hebe ó cual Samaritana
Para aplacar la sed que me desploma.

FLOR DE LUTECIA

—

No así desoigas, bella, mi apasionado ruego.
Quédate aquí, cautiva del infinito. Alguna
Frase de amor dirásme con voz de alondra y luego
Contemplarás el gayo tramonto de la luna.

Yo rizaré entretanto tu cabellera bruna
Y en tus pupilas de ónice soterraré el sosiego.
¡Oh, tus pupilas de ónice que brillan como üna
Luciérnaga divina pletórica de fuego!

. . . .

Dijo el adolescente, ciñendo el cuello breve
De su flor de Lutecia, mórbida cual la nieve,
Y abriéronse los labios de la pagana flor.

Pobló el parque silente la sublime armonía
De mil besos gloriosos; la doncella quería
Percibir las delicias de una noche de amor.

ERRATA

Página 46, verso 4.º, debe leerse:

So la mortífera llama solar.

ÍNDICE

ÍNDICE

(VOTIVAS)

Pág's.

Ediciones de la Revista «APOLO»

VOLUMEN I

Pérez y Curis: ROSA IGNEA, (cuentos)
Segunda Edición.

VOLUMEN II

Ovidio Fernández Ríos: POR LOS JARDINES DEL ALMA, (poesías).

VOLUMEN III

Pérez y Curis: ALMA DE IDILIO Y RIMAS SENTIMENTALES, (poesías)

VOLUMEN IV

Pérez y Curis: POR JARDINES AJENOS, (Páginas de arte) precedidas de «La Neocrítica en el Uruguay».